

Armando Alberto Fioriti (María Elena "Toti" Peter)

En la calidez de un hogar de fe y laboriosidad, en Tres Arroyos, un 18 de julio de 1945, nacía Armando Alberto Fioriti. Hijo de Armando Aurelio, un hombre creativo que iluminó Bahía Blanca con los primeros carteles de neón, y Josefina Serafini, devota ama de casa, Armando fue el segundo de nueve hermanos. La vida en el seno de una familia numerosa lo moldeó con valores de humildad, trabajo y amor al prójimo.

En Bahía Blanca, la institución salesiana “La Piedad” fue más que su colegio: allí aprendió carpintería y descubrió una profunda vocación social y espiritual. Armando aspiró al sacerdocio, y aunque su camino tomó otros rumbos, dejó huellas de su pensar en las publicaciones internas del colegio: "La virtud más necesaria es la caridad. Solo en la caridad tiene razón nuestra obediencia", escribió con 19 años.

Era un joven flaco, alto, con manos hábiles para tallar madera, tocar la guitarra y escribir poesías.

II

Fue en Bahía Blanca donde Armando conoció a María Elena "Toti" Peter, una joven nacida en San Martín, La Pampa, que desbordaba energía y convicciones. Ambos estudiaban Letras en la Universidad Nacional del Sur.

Popular y entusiasta, Toti organizó desde adolescente la primera huelga estudiantil en su pueblo. Su militancia fue creciendo con los años, influenciada por los movimientos sociales y políticos que atravesaban la época.

En los años '60, América Latina vivía la efervescencia de la Revolución Cubana, un movimiento liderado por Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara que había derrocado la dictadura de Batista y buscaba establecer un modelo socialista. En Europa, el Mayo Francés de 1968 marcaba una revuelta estudiantil y obrera que reclamaba libertad, igualdad y cambios profundos en las estructuras de poder.

En este contexto, Toti se unió al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), una organización de orientación trotskista que contaba con un brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo. Dentro del PRT, había una corriente humanista que planteaba una mirada más ética y centrada en la dignidad humana, influyendo en su manera de militar. Para Toti, la revolución no era solo un ideal político, sino un proyecto de vida.

Armando también se involucró en la militancia. Perteneció al ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), brazo armado del PRT, y según testigos de la época, fue autor de las cartillas de entrenamiento de la organización. Estas cartillas, que buscaban preparar a los militantes para la acción revolucionaria, habrían sido elaboradas con meticulosidad y dedicación, trabajo que lo llevó incluso a viajar a Cuba. Este país, faro de la revolución latinoamericana, representaba para Armando y muchos de su generación un modelo a seguir en la lucha por la justicia social.

El comedor universitario de Bahía Blanca fue testigo de la pasión de Toti. Una vez, indignada por el costo de los tickets, subió a una mesa y con un discurso encendido logró que los estudiantes salieran con mesas y sillas a cortar la Avenida Alem. Era un

“petardo”, como la describían sus compañeros, mientras Armando, paciente y enamorado, la acompañaba con admiración. Tocaba la guitarra en reuniones y escribía canciones como “Sueño azul”, una zamba religiosa que dedicó al Instituto Don Bosco de Viedma. Aunque las miradas de otras mujeres buscaban su atención, él solo tenía ojos para Toti.

En 1973, dejaron Bahía Blanca y se instalaron en el Gran Buenos Aires. Toti se había recibido de Licenciada en Filosofía y Letras. Allí construyeron una vida en común.

Armando abrió un taller de juguetes de madera en sociedad, creando piezas como “La Langosta”, un auto que recordaba al insecto que le daba nombre y que destacaba del catálogo de originales creaciones que ofrecían a los clientes.

Toti, por su parte, trabajaba como Oficial Segunda en el Juzgado en lo Penal N° 2 de Morón. Este rol, que desempeñaba con seriedad y dedicación, era reflejo de su compromiso con la justicia, un ideal que permeaba tanto su vida profesional como su militancia política.

Entre los libros que la acompañaban, Toti tenía un favorito: *La orquesta roja*, publicado por Editorial Emecé. La obra, escrita por Gilles Perrault y publicada en 1967, relataba la historia de una red de espionaje soviético que operó durante la Segunda Guerra Mundial. Toti admiraba la valentía y la organización de esos agentes que, en las sombras, luchaban contra la opresión nazi. Para ella, la resistencia y la solidaridad eran valores universales que trascendían las épocas.

III

Pero la sombra de la dictadura militar comenzaba a oscurecer el país. La militancia política, que años atrás era parte de la juventud, ahora significaba un peligro. Las asambleas universitarias, las movilizaciones y las ideas de cambio que los unieron se convirtieron en razones para ser perseguidos.

El 17 de noviembre de 1978, Armando y Toti desaparecieron de su casa en Salvador del Carril 820, del Barrio Fábrica Textil, en Morón. Los operativos de las fuerzas represivas los arrancaron de su hogar, dejando en una guardería a su hija Margarita, de un año y diez meses.

IV

Años después, Margarita -que fue criada por sus tíos y primos hermanos-, homenajeó a sus padres con el documental *El nombre de las flores*. La producción, dirigida por Romina Haurie y Juan Alecsovich, reconstruye fragmentos de la vida de Armando y Toti: él, con su guitarra y su paciencia infinita; ella, con su gamulán y su carpeta siempre a mano, soñando con una chacra en el campo donde criar chanchos.

En San Martín, La Pampa, una plaza lleva el nombre de María Elena “Toti” Peter. En la placa puede leerse: “Víctima del Terrorismo de Estado”. Y aunque los habeas corpus presentados nunca trajeron respuestas, el legado de ambos perdura en la memoria colectiva.

Armando Alberto Fioriti y María Elena Peter no solo fueron víctimas de un régimen opresor; fueron, y son, símbolos de una generación que soñó con cambiar el mundo. En

cada juguete de madera que Armando talló, en cada huelga liderada por Toti, en cada flor que Margarita plantó en su honor, resuena el eco de sus vidas.

El libro *Partes al aire*, de Lucio Peter -primo de Margarita Fioriti-, dedicado a su memoria, nos recuerda que el pasado no puede borrarse, pero puede ser transformado en un llamado a la verdad y la justicia.